

**REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 87.**

**PROCESOS DE RECONCILIACIÓN
POSBÉLICA EN ÁFRICA SUBSAHARIANA**

Conflicto y gobernabilidad en el norte
de Uganda. Posibilidades y límites de
los ritos de reconciliación *mato oput*

José Carlos Rodríguez Soto

EL MATO OPUT

Durante todos estos años de conflicto violento, la cultura acholi de reconciliación y paz no ha desaparecido, y ha servido de inspiración para que la gente de a pie intentara luchar por la paz a su manera, de una forma distinta a los políticos. Quisiera ilustrar esto con la exposición del *mato oput*, un proceso tradicional de reconciliación que yo mismo he tenido la fortuna de presenciar. Vaya este caso como muestra.

Un día de 1995 Kibwota, un joven natural de Omiya-Anyima, peleó con furia contra Ochen y al final de la reyerta le mató de un navajazo. Cuatro años después tuve la suerte de ser invitado al *mato oput*, la ceremonia de reconciliación que sana las heridas de la enemistad y repara las relaciones rotas. Aún lo recuerdo como uno de los momentos más inolvidables de mi vida. Según la mentalidad de los acholis, el homicidio trae consigo automáticamente una separación entre las dos familias, la del asesino y la de la víctima. Esta barrera (llamada *ujabo* en acholi) crea un estado de enemistad (*mone*) que no permite que los miembros de ambos clanes puedan sentarse a comer y beber juntos, ni se puedan casar entre ellos, ni siquiera comprar en el mercado productos que vengan de la familia con la que existe este estado de separación. Además, el homicidio clama venganza (*chulo kwor*) y provoca miedo.

Mato oput es el procedimiento pacífico tradicional para pagar esa deuda, el *kwor*, por medio de una compensación entregada al clan ofendido. No traigo aquí a colación palabras técnicas por pura erudición ni mucho menos por ostentación, sino para hacer ver que el uso de un lenguaje tan preciso (hay muchas más palabras que pertenecen al vocabulario específico de este ritual) habla de una mentalidad rica y muy elaborada en torno a la reconciliación y el diálogo como medios para resolver los conflictos. Los acholis piensan que este estado de enemistad es antinatural y potencialmente peligroso. Por eso los líderes de ambas comunidades, cuando empiezan a serenarse los ánimos, buscan la manera de empezar a tener contactos para resolver el asunto por medio de un proceso de conversaciones que puede llevar años.

En épocas pasadas, la compensación se pagaba entregando una muchacha (*nyako kwor*), o a veces dos, o al menos suficientes cabezas de ganado, para poder pagar la dote por otra joven y de esta forma hacer que un chico del clan de la víctima pudiera casarse y engendrar nuevos hijos que sustituyeran la vida humana perdida por el asesinato. Hoy día se usa dinero, y este fue el caso en el ritual que yo presencié. La ceremonia tuvo lugar, como es habitual, durante la estación seca, en este caso a principios de febrero. Cada clan se sitúa en una de las orillas del lecho del arroyo, que en aquella época del año está seco. El maestro de ceremonias explicó a los asistentes el significado del ritual en el que iban todos a participar, exhortándolos a que dejaran de lado todo sentimiento de animosidad y odio. Los líderes del clan del asesino expresaron su total rechazo hacia el crimen cometido y pidieron perdón por el crimen cometido por uno de sus

miembros, por el que habían realizado el esfuerzo de reunir un dinero para pagar como indemnización (entregada ya el día anterior). A continuación, los ancianos del clan de la víctima dijeron que perdonaban al asesino y que en el futuro no habría ningún tipo de sentimiento de rechazo ni deseo de venganza.

Alguien trajo entonces una oveja, que fue sacrificada a la vista de todos en medio del lecho seco del arroyo. Se le dio muerte cortándola a lo largo en dos mitades con una afilada hoja de lanza nueva, mientras los ancianos mantenían cerrada la boca del animal para evitar que emitiera gritos o gemidos. El hígado del animal fue depositado en un fuego cercano y cortado en porciones pequeñas que fueron distribuidas a todos los presentes para ser consumidas; lo mismo se hizo a continuación con la carne de la oveja. Cada clan comió por separado su parte, que fue entregada por los miembros del otro clan. Este gesto de aceptación de alimento de la familia rival empieza a marcar el comienzo de una nueva relación. Entonces empezó la parte central del ritual. En el centro del río se colocó una enorme mitad de calabaza hueca, que fue llenada con cerveza local de mijo. Uno de los ancianos rayó con un cuchillo la raíz de un arbusto conocido como *oput* y lo mezcló con el brebaje. Esta raíz da a la cerveza un sabor amargo, para recordar a los participantes que así de desagradable es el sabor del estado de enemistad entre los seres humanos, que debe durar lo menos posible. Entonces empezaron a levantarse los miembros de ambos clanes, los cuales –de dos en dos– se arrodillaron frente a la calabaza, pusieron sus manos a la espalda y bebieron juntos mientras tocaban sus cabezas. Los ancianos me explicaron que al colocar las manos a la espalda estaban expresando su sincero deseo de no luchar y de no hacerse nunca más daño. Tras aquella hermosa ceremonia, todos se dirigieron a una de las aldeas cercanas, donde se había preparado comida y bebida en abundancia, y la fiesta siguió hasta el amanecer. A partir de este momento se rompió la enemistad entre los dos clanes y la vida volvió a la normalidad al haber concluido la animosidad que les separaba. Este es el sistema tradicional de reconciliación entre los acholi del norte de Uganda. En muchos otros pueblos de África existen ceremonias similares, todas ellas con la misma filosofía subyacente: que las simples medidas punitivas que aíslan al criminal no resuelven el problema de fondo. Se pone el acento en la restauración de las relaciones rotas, para que el final del conflicto sea la reconciliación.

Durante los últimos años, como suele ocurrir con las sociedades en crisis, ha habido numerosas propuestas de utilizar la tradición, en este caso el *mato oput*, como instrumento para traer la paz al norte de Uganda. No es de extrañar que se haya exagerado bastante sus posibilidades reales. Es altamente encomiable y digno de admiración que dos clanes enemistados por el homicidio de uno de sus miembros se reconcilien mediante un proceso de diálogo, aceptación de responsabilidad, pago de compensaciones y petición y recepción de perdón. Pero uno se pregunta si realmente es posible usar este sistema tradicional –concebido para estos casos no demasiado complicados– para una situación en la que varios miles de personas (guerrilleros del LRA, pero también fuerzas guberna-

mentales) han cometido crímenes horribles durante un periodo largo de tiempo, y en la que en la mayoría de los casos no se sabe a ciencia cierta quién ha cometido cada uno de los crímenes. El profesor de la London School of Economics, Tim Allen, ha analizado magistralmente estos dilemas en su libro *Trial Justice. The LRA and the Internacional Criminal Court*, publicado en 2006. Uno de los puntos que recoge en su trabajo es que el *mato oput* se ha idealizado hasta extremos insospechados. Y desde luego no parece que se haya utilizado durante los últimos años para reintegrar a ningún antiguo combatiente del LRA. Personalmente, pienso que en la mentalidad de las víctimas de esta guerra uno se encuentra con dos elementos que coexisten: por una parte, es cierto que la gente sigue teniendo un espíritu de reconciliación que no debe menospreciarse; por la otra, tampoco puede negarse que el agotamiento que ha generado esta guerra en la gente que vive en el norte de Uganda ha hecho que muchos desarrollen una actitud bastante pragmática que podría describirse como “no nos importa que se haga lo que sea, incluso perdonar los crímenes más horribles, con tal de que se termine la guerra de una vez por todas”.

LOS RETORNADOS Y LA AMNISTÍA

En honor a la verdad, el *mato oput* no ha sido utilizado en su forma tradicional para recibir a combatientes del LRA, pero sí se puede decir que el espíritu de reconciliación que lo anima ha estado muy vivo. Ya hemos señalado que la mayor parte de los combatientes del LRA son niños y jóvenes secuestrados y obligados a combatir entre sus filas.

En otros conflictos que se han desarrollado en países africanos, la secuencia del proceso de paz y reconciliación se ha desarrollado más o menos de la siguiente manera: conversaciones de paz, cese de hostilidades, firma del acuerdo de paz, desarme y desmovilización de combatientes (protegidos por una amnistía), reintegración en sus comunidades de origen y proceso de reconciliación (que a menudo incluye mecanismos varios de justicia transicional, como comisiones de verdad y reconciliación o tribunales especiales para juzgar a responsables por crímenes de guerra). Así ha ocurrido, con ciertas variantes, en países como Mozambique, Sierra Leona, Angola y otros.

El caso del norte de Uganda es bastante particular. Dado que la inmensa mayoría de los combatientes del LRA han sido menores secuestrados y obligados a combatir en sus filas, muchos de ellos han conseguido escapar. A ello ha contribuido en buena parte algunas emisoras de radio (como Radio Mega y Radio Wa) que han repetido constantemente que la amnistía es auténtica, y han llevado a sus estudios a jóvenes retornados de la guerrilla que han dado testimonio de que se les ha recibido bien y han intentado animar a sus antiguos compañeros para que abandonen las armas.